

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 9 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Anatole France

El príncipe de los prosistas

CUANDO el francés sea una lengua muerta—escribió Fernando Gregh—, se darán a traducir a los escolares trozos de Anatole France, como hemos traducido en cuarto año *El Sueño y El Gallo*, de Luciano de Samosata. Anatole France es otro Luciano, polígrafo, burlón y artista como él; un Luciano francés, de París: Luciano de Bergeret. Será un gran clásico. No se ha escrito mejor en el siglo XVII, ni en el siglo XVIII. Renán mismo no escribía tan bien».

Este clásico francés, príncipe de los prosistas de su país, ha cumplido ochenta años. Un grupo de escritores españoles le ha enviado con tal motivo un mensaje. Anatole France no pertenece sólo a la literatura de su país. Es uno de los maestros de la Belleza y el Pensamiento, al que todos debemos alguna suavidad del espíritu y alguna emoción exquisita. Ser un escultor de la palabra no ha sido su mayor mérito. El amor a las ideas es en él tan intenso, tan comprensivo, tan sabio en gustar la belleza o la austeridad de cada una, que le hizo pasar por un fino aficionado que recorre las salas del Museo del pensamiento.

La silueta espiritual de Anatole France se ha solido trazar con estos dos rasgos: classicidad y diletantismo. Otro de sus críticos: Bernard Lazare, decía de él con mordacidad: «Ha heredado el alma de los griegos de la decadencia. En literatura es un cantor de la Capilla Sixtina; tiene la voz pura y la irresolución de estos personajes. Es el hijo de Renán, cuyo mono es Julio Lemaitre. Buen parnasiano y mediano filósofo... Ha escrito cuentos encantadores, y no ha sabido componer un libro. Tiene amueblado el cerebro, pero los muebles están en desorden. Ha hecho crítica con más diletan-

tismo que convicción, con más fantasía que franqueza, pero con mucho arte. Este poeta, escrupuloso observador de las reglas, es el más irresoluto de los moralistas y el más desequilibrado de los metafísicos; el más suelto de los retóricos y el más sólido de los sofistas».

No es un cantor de la Capilla Sixtina, como se dice en esta diatriba. Tampoco un diletante. No pertenecía a la familia de los estetas que hacen de la religión de la belleza un culto de insoportable narcisismo, sin calor humano. En sus obras la Ironía está templada siempre por la Piedad. Aquel hombre criado entre libros, que vivía entre ellos y tanto los amaba, supo salir de su torre de marfil o de su

ciudad de los libros y lanzarse, lleno de pasión cívica, a la plaza pública de la ciudad tumultuosa y agitada, cuando el *affaire* Dreyfus dividió a Francia. *La isla de los pingüinos*, es un testimonio de que el supuesto diletante era un luchador, que hasta sabía volverse rabelaisiano. Su aparente diletantismo era comprensión. Su filosofía no era sólo una contemplación voluptuosa, en que la belleza de la vida le hacía perdonar la vanidad de la vida, como dijo Lanson. Era una filosofía de caridad hacia el hombre y de caridad hacia las ideas, que aspiraba, ante todo, a comprender las cosas con amor y a compadecerse de sus imperfecciones.

Anatole France, que en el registro civil se llama Anatolio François Thibault, vivió desde niño entre libros. Su padre era un librero del Quai Voltaire, que vendía libros raros y curiosos, y a quien llamaban *Le père France*, de donde vino el seudónimo que, como el de Azorín, llegó a eclipsar el nombre. Aquella librería, cuyos fondos eran principalmente de Teología y de escritores y filósofos del siglo XVIII, fué el escenario de la infancia de France y la escuela donde se formaron su vocación y su gusto. El recuerdo de la librería, de las tertulias de legitimistas y de bibliófilos que acudían a la tienda de su padre, antiguo guardia de Corps de Carlos X, ha dejado reflejos en algunos de sus libros como *Le livre de mon ami* y *Pierre Nozière*, en gran parte autobiográficos. Como es frecuente en los escritores de mucha sensibilidad e intensa vida interior, vertió parte de su intimidad: ideas, sentimientos, curiosidades y aspiraciones en varios de sus personajes. A ratos, Silvestre Bonnard, el abate Jerome Coignard, el doctor Trublet, de *Histoire comique—Mon petit Socrate—* y Luciano Bergeret, son France.

Otra librería sirve de escenario a sus principios literarios: la



ANATOLE FRANCE

(Caricatura de MASSAGUER).

de Lemerre, «el domicilio del Parnaso». Allí colaboró en *La Gazette rimée*, que publicaba Lemerre. Otro de los colaboradores era Verlaine, a quien después retrató France en el Choulette de *Le Lys rouge*. En aquella «Gaceta poética» se anuncia ya la emoción cívica de France. Sus composiciones *Denys de Syracuse* y *Les legions de Varus* eran, bajo el asunto clásico, poesías revolucionarias contra Napoleón... le petit. La musa política acabó con la revista, pues al sexto número la suprimió el editor, para ahorrarse disgustos.

Otra etapa de la vida literaria de France, también de asiduo trato con los libros, fué su período de crítico de *Le Temps*, donde sucedió a J. Claretie (1886-1891). De allí salieron los cuatro volúmenes de *La vie littéraire*, la mejor antología de crítica impresionista, a la vez que erudita. Las críticas de A. France son disertaciones de historia literaria. El libro de que trata es para él el punto de partida para un viaje o un paseo por las varias provincias de la literatura. El crítico superaba amenudo al autor de quien escribía, y muchas de las críticas de France sobrevivirán a los libros que eran su asunto o su pretexto. Son ensayos de estética, de moral, de historia literaria, que alcanzan la perfección de pequeñas obras maestras.

• •

Aunque la forma novelesca es la que prepondera en sus obras, muchas de sus novelas son ampliaciones del diálogo filosófico antiguo, adornado con los colores del espectáculo sensible y cuyos personajes adquieren una individuación viviente. No son, sin embargo, las de France, novelas cerebrales ni exclusivamente eruditas. Hay en ellas una visión intuitiva y una ternura que disputan el interés del lector al juego de las ideas. No son meros objetos de arte, sino, a la par, espectáculos de la vida, contemplados con emoción. Algunas como *Le Lis rouge*—la principal y más extensa de sus novelas—e *Histoire comique*, son ciertamente conmovedoras.

Como nuestro Galdós, se lanzó a la lucha política cuando se hallaba en la plenitud de su fama, es decir, cuando nada tenía que ganar y mucho que perder en las destempladas disputas de la Agora. Hay cierto quijotismo, cierta noble pasión ciudadana en la resolución con que estos hombres, tímidos y retraídos, algo desengañados de la humanidad (France por añadidura, escéptico), amantes de la soledad o de la sociedad discreta y escogida de los sabios, bajan a la plaza pública a mezclarse en el vocerío popular. Llevaba France a Galdós la ventaja de ser orador, aunque no tan

excelente como escritor. En realidad, sus volúmenes de *Histoire contemporaine* y *La isla de los pingüinos* fueron sus mejores discursos políticos, antes que los hablados en la fiesta inaugural de la Emancipación (1889), en honor a Diderot, en la tumba de Zola (1902), ante la estatua de Renán (1903) y en otras semejantes ocasiones.

Anatole France no podía, con todo, ser un gran político. «No conviene que un poeta sea demasiado inteligente, en nuestra época», ha escrito Lanson, y mejor que del poeta podría decirse del político. La delicadeza analítica, un sentido crítico muy penetrante, una comprensión muy amplia e imparcial de las cosas y de los hombres, suelen paralizar o detener los brotes enérgicos de la acción. Un político zafio e inculto suele ser una calamidad; pero una cultura media y un entendimiento claro y equilibrado bastan para el oficio de conductor de pueblos. El exceso de pensamiento puede ser hasta un inconveniente.

Aunque apasionado de los libros, France no es un idólatra de ellos. Siente, a veces, como un tedio, como una melancolía de la cultura refinada. «Los libros son el opio de Occidente—dice—. ... Nadie se escapa hacia el estuero sin sacrificar las sanas energías de la acción». «Creedme a mí que los adoré, a mí que me entregué

a ellos por mucho tiempo sin reserva: los libros nos matan». Mas estas lamentaciones eran como las quejas del enamorado contra el amor, al cual ha de volver un minuto después, porque es su vida.

Pensador, estilista, poeta en el más alto sentido de la palabra, quizá lo más poético de la obra de France no está en sus versos de juventud, ni en la poesía filosófica de *El Jardín de Epicuro*, sino en las páginas íntimas de *Le livre de mon ami* y *Pierre Nozière*, que son respecto de él lo que *Las confesiones*, de Rousseau, y las *Memorias de ultratumba* para Chateaubriand, como dice Roger Le Brun. Nadie como este escéptico. Ulises que en sus navegaciones por el mar de las ideas ha oído cantar a tantas sirenas y ha burlado a tantos monstruos, supo expresar la poesía íntima del hogar con un sencillo rasgo, en la escena en que el padre, velando junto a la alcoba donde duermen la madre y los pequeños, escucha *les souffles égaux et doux, dans les quels je ne saurais distinguer moi même celui de la mère et ceux des enfants* (las respiraciones iguales y dulces en las que yo mismo no sabría distinguir la de la madre y las de los niños).

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

El secreto de Anatole France

FRANCIA celebra en estos momentos, con piadosa emoción, el jubileo de Anatole France. Todas las flores de la retórica oficial, de la retórica académica, de la retórica periodística, llueven gravemente sobre la cabeza blanca del glorioso octogenario. Y el único que, en medio del homenaje, se atreve a sonreír con algo de ironía es el maestro mismo, que murmura «Es demasiado», con un gesto de asombro pueril, que hace pensar en la Pisanela cuando la lluvia de pétalos que ha de ahogarla comienza a caer sobre su cuerpo. En realidad, lo que más debe divertirle no es que las corolas sean tan abundantes, sino que sean tan uniformes. Desde los ministros hasta los *reporters*, todos buscan en esta circunstancia rosas que sean símbolos de claridad cristalina, de orden armonioso, de pureza marmórea, de sencillez helénica, de gracia natural, espontánea, cándida, fácil, simple.

La prosa del sublime prosista resulta, a través de las definiciones que de ellas hacen sus admiradores, un manantial claro que surge sin esfuerzo

de las profundidades geniales de la raza. El elogio es muy antiguo. Y muy falso. Tan falso y tan antiguo, que ya en el *Jardín de Epicuro* encontramos las líneas siguientes, que protestan contra ese error: «Diré, pues, que no hay estilo sencillo; lo que hay son estilos que parecen sencillos y que conservan largo tiempo un aire juvenil. Lo único que nos queda por buscar es la causa de esa apariencia feliz. Y pensaremos, naturalmente, que la deben, no a menos riquezas de elementos diversos, sino a que esos elementos están mejor fundidos y forman un todo en el que las partes no se distinguen. Un buen estilo, en suma, es cual el rayo de luz que entra en mi habitación en este momento y que debe su claridad pura a la mezcla íntima de los siete colores que lo componen. El estilo sencillo es la luz blanca. Es complejo y parece simple. La sencillez bella del lenguaje no es sino una apariencia». ¿Hay en estas declaraciones una especie de coquetería de ser impecable que no quiere parecerlo...? Muchos, ante la transpa-

rencia, de las páginas del maestro, en las cuales las frases corren, rítmicas y espontáneas, como las aguas de un arroyo, lo han creído y lo han proclamado. El mismo Moreas aceptaba el dogma de la naturalidad sin afeites de Anatole France. Y agregaba:

—Por eso resulta tan monótono...

Pero se equivocaba. El estilista que ha compuesto con las mismas manos doctas y pacientes *Thais* y *La Rotisserie de la Reine Pedanque*, *Le Lys Rouge* y *Le Mannequin d'Osier*, *L'Etui de Nacre* y *Le Crime de Sylvestre Bonnard*; el mago cuyas frases cantan con igual perfección ardientes himnos de amor y epigramas ligeros; el pintor que lo mismo nos ofrece inmensos frescos, en los cuales palpitan los esplendores antiguos, que diminutas tablas, en las que brillan los perfiles maliciosos de las parisienses; el coroplasta que, después de una ánfora, modela una figulina danzante, y después de una estela funeraria cincela una metopa báquica; el que, con la materia flotante del idioma, ha realizado la unión de las artes soñada por los wagnerianos; el que pone en sus obras música, color y línea; el incomparable maestro de todos los maestros, no es monótono. Es inconfundible. Sus páginas llevan siempre el mismo sello, y su lengua tiene siempre el mismo acento. Pero dentro de esa singularidad que constituye el estilo y el carácter, el número, el ritmo y el movimiento, son infinitos.

—Infinitos, tal vez... Fáciles, no...

Y estas últimas palabras no soy yo quien las pronuncio, sino el propio Anatole France. Hay que leer el testamento literario en el cual el maestro confía a uno de sus discípulos el secreto de su arte, para darse cuenta de lo que significa el trabajo, el esfuerzo, la labor escrupulosa, dentro de la realización literaria. Venid, hermanos míos; venid, vosotros los que creéis que se puede escribir cual los pájaros cantan; venid a escuchar estas confidencias que casi son de ultratumba, si queréis tener una idea de la paciencia que se necesita cuando se quiere llegar hasta el milagro. ¿No habéis dicho más de una vez con orgullo que sois capaces de enviar vuestras cuartillas a la imprenta sin leerlas? Pues leedlas después de publicadas. Y si no encontráis en ellas nada que os cause vergüenza, es porque, verdaderamente sois incorregibles. Corregir; he ahí la clave del arcano.

El autor de *La vida de Jesús*—a quien también se considera por todos como uno de los brujos de la sencillez fácil, cristalina y espontánea—corregía seis veces las pruebas de sus libros. ¿Os espantáis, hermanos? Pues Anatole France, en esto como en todo, va más allá que Ernesto Renan. Anatole

France corrige siete pruebas, para quitar y poner; para quitar, sobre todo; y también para buscar el ritmo, que no sólo depende de la medida, sino también de la puntuación, y para dar relieve a las imágenes; y para limar los ángulos que se forman al pasar de un párrafo a otro; y para limpiar las frases de conjunciones, de consonancias, de repeticiones.

—Ante todo—dice, dirigiéndose a su joven amigo—hay que arrancar las malas hierbas del *que*, del *pues*, del *quien*, del *por lo cual*, del *cuyo*, del *tanto más*, que dan a la prosa un aire collituerto. Para eso, resulta necesario desterrar el punto y coma, signo bastardo, que no es ni punto ni coma, y que si convenía en la época de las arengas y de las oraciones fúnebres



El poeta RAFAEL ESTRADA

(Visto por NOÉ SOLANO).

Noé Solano, Paco Rodríguez y G. Vargas Arce forman la generación joven de caricaturistas nacionales; cada uno cultiva un sentido personal bien marcado en su arte. Noé Solano se distingue por la expresión psicológica en sus caricaturas de género, de las cuales los lectores del REPERTORIO ya tienen conocimiento por la de Paco Ruiz y la que ahora se ofrece. Es de notar en esta del poeta Estrada la sobriedad de líneas, la estilización de los conjuntos (el pelo, los ojos, los bigotes), subordinados a la expresión general; quien haya leído a Estrada y lo conozca encontrará en esta caricatura el temperamento inquieto a la vez que la concentración reflexiva y la aguda visión de las cosas, que parecen caracterizarlo.—C. L. S.

para marcar el reposo en el período, hoy es inútil. Hoy, en efecto, vivimos en la era del telégrafo. Así, hijo mío, cuando puedas cortar la frase, apresúrate a hacerlo. La más bella frase es la más breve. Las frases amplias y melodiosas comienzan por mecernos y acaban por dormirnos. Y en cuanto a las transiciones, búrlate de ellas. La mejor manera de pasar de un párrafo a otro sin que el lector lo note, es dar un salto ligero.

Al llegar aquí me parece oír decir a algunos de los que creen en el estilo fácil:

—La prueba de que no se trata más que de teoría está en que en esas mismas líneas hallamos repeticiones y conjunciones.

Cierto. Sólo que son repeticiones voluntarias y conjunciones inevitables. El arte de escribir es el que de menos elementos dispone. Las palabras que expresan el movimiento general de la vida son siempre las mismas. Para arreglarlas de manera que suenen musicalmente y que no choquen por su pobreza, se necesita un cuidado exquisito.

—En un escritor digno de ser estimado—dice el maestro—, las repeticiones no existen, hijo mío. Sin duda encontrarás en mis párrafos una palabra que vuelve a mentado. Es el leitmotiv de la sinfonía. Reemplazarlo por un sinónimo, sería locura. No hay sinónimos. Un vocablo no fastidia con sus retornos más que cuando está mal colocado. Respeta, pues, la palabra y cambia la frase.

Luego, ampliando su enseñanza, agrega:

—En el fuego del trabajo de escribir, nos dejamos, a veces, llevar por los entusiasmos pindáricos. Nos gargarizamos con nuestros propios ritmos. Y poco a poco llegamos a no distinguir lo falso de lo legítimo. Por eso hay que trabajar en las pruebas, con la pluma y las tijeras, cortando, cambiando. La operación de cortar es cruel, pero inevitable. En las primeras pruebas trato de limpiar la prosa de lo inútil, de poner los párrafos en donde deben estar, de quitar las conjunciones, de dividir las frases. Al fin, en la quinta prueba, no me ocupo sino de los adjetivos. Algunos escritores buscan el resorte de sus efectos en el verbo. Yo tomo cualquier verbo, el más modesto, el que mejor indica el movimiento. Luego me consagro a cuidar los adjetivos: En este punto soy un discípulo de Voltaire. Acuérdate, joven, de que el patriarca de Fernay decía de los adjetivos: ¿Para qué prodigarlos, si han de expresar lo mismo? Si los multiplicamos, hay que contrariarlos. Y no hay que desdeñar tampoco el adjetivo negativo de una belleza inesperada...

La sexta prueba es la que le sirve para dar ligereza a las frases demasiado ricas y para verificar la exactitud de los documentos. Anatole France no puede consolarse de haber dicho, en su famoso cuento del *Procurador de Judea*, que el Vesubio humeaba... En la época de Jesús, el Vesubio no había aún despertado de su sueño milenar. No fué sino en 55... Y si decís que eso no es gran cosa, hermanos míos, el maestro os contestará que no sabéis lo que es escribir. No hay que equivocarse, en efecto. La literatura es un arte exacto, como las matemáticas son una ciencia exacta. Dentro de esas exactitudes, caben todos los ensueños y todas las fantasías. Lo que no cabe es la ignorancia y el descuido. El descuido, sobre todo ese descuido que se llama desenfado...

—Por eso—dice el maestro—, después de corregir yo mismo mis seis primeras pruebas, la séptima la pongo en manos de otra persona que ve lo que yo no he logrado ver...

Y agrega:

—Cuando leo esa última prueba corregida, me avergüenzo de lo que siempre se me ha escapado...

Tal es, en resumen, la retórica del estilista más puro, más armonioso, más expresivo de nuestra época. No es más que un esbozo, una indicación personal. Pero así y todo, yo encuentro en él una substancia más generosa que en todos los tratados que se enseñan en los Institutos. Porque en sus frases breves está la gran humildad del que, siendo considerado cual un mago, confiesa que la magia es un esfuerzo, y nos repite, ennobleciéndola y santificándola, la frase admirable del naturalista que dijo: «El genio no es más que una larga paciencia». Así, hermanos míos, he traducido para vosotros esas palabras con la misma fe y la misma esperanza con que los antiguos escribas de Alejandría ponían en griego los versículos arameos de los actos de los apóstoles.

E. GÓMEZ CARRILLO

París, abril de 1924.

(A. B. C., Madrid).

Dietario en Zig-Zag

Ben Jonson. Shakespeare

PARA conocer el hombre londinense del siglo XVI, es guía segurísima Ben Johnson. Para conocer el Hombre eterno, es guía segurísima Shakespeare.

A cada instante la obra de Ben Jonson nos ofrece abundantes fuentes para el estudio de la época. A cada instante la obra de Shakespeare nos abre una ventana a la eternidad.

Haríamos tres divisiones de los autores de la fecunda época de Elisabeth.

Autores de supervivencia muerta: los que agitaron la hora; los que levantaron protestas y persecuciones; los de ancha popularidad a la manera de Thomas Nash, de Richard Brame, de Robert Greene, de Francis Kett, de Gabriel Harvey. Fichas de cajón de eruditos; nombres que no se pueden tocar sin que nos espolvoree los ojos la ceniza.

Autores de persistente consulta y de colorida lectura; los que arraigaron en su época y dieron flor: fijadores de aspectos, reveladores del siglo, espejos de hombres, testimonios vivientes y seguros a la manera de Ben Jonson, de John Lyly, de George Chapman, de Francis Beaumont, de John Flechter, de Thomas Middleton.

Autores que brillan en la luz con luz suya, más o menos intensamente, —faros de día—astros sobre el agua opaca del tiempo; autores que su época presintió sin ver; los de extensión

de espacio a la manera de Christopher Marlowe... y de William Shakespeare.

Dos calidades —prescindimos de una—dos altas tallas en su talla, dos ejemplos precisos en la historia del arte puestos cara a cara—Ben Jonson—Shakespeare—nos sirven para teorizar. *El Escritor* y el *Poeta*, la obra del siglo XVI inglés y la obra sin edad y para las edades.

Ben Jonson,—y lo hemos llamado expresamente *escritor*—usó mucho el verso al escribir. *Every Man in his humor* tiene versos; tiene versos *Bartholomew Fair*, y son unas de sus producciones más *documento*.

Por no haber llegado a escribir obra poética y por haber deseado la poesía, Ben Jonson no reflejó más allá del siglo pero quedó su siglo. Fué espíritu dentro carne; fué sátira con envoltorio de hombre; fué perennidad del instante. Una ciudad quedó prisionera en sus prosas y en sus ritmos: Londres. Colinas y río; calles estrechas, sucias, mal olientes; enhiestos campanarios cargados de graves campanas; tabernas humosas repletas de truhanes y de mozas de amor; palacios góticos de negros muros húmedos y ventanales abiertos como fauces hambrientas; palacios aun, perdidos en la bruma y que hacen soñar, de noche, con un cíclope de ochenta ojos; Torre de horror que espanta a las aguas, que a su vera pasan, para poderlas flagelar con su sombra negra-

mente larga—las aguas se deslizan después sollozantes;—rincones oscuros con zozobra de árboles en los que conversa una harpía grávida y un gonfalonero tierno; carrozas de Lores que pasan crugiendo entre la muchedumbre holgazana. Y hombres, sobre todo; hombres densamente corpóreos, sangrantes bajo los siete glavios de los siete pecados; deformados, risibles, fofos de humanidad, ciegos de tierra, gibosos de materia.

El polo de Shakespeare. Nada de cuerpos en la obra del poeta: la pasión. Nada de máscaras comunes: la máscara decisiva. Otello negro espejando su faz en los mármoles y en las aguas de Venecia, la ciudad de los mil espejos, reveladores de su fealdad. Desdémona, lirio y sol, veste alba y dorada cabellera; belleza perfecta para mejor hacer contrastar la fealdad de Otello. Macbeth, arco de voluntad tendido por dos manos rojas; roble junto a cañas; ambición avasalladora con llamear de plata. Hamlet, nublado gris que aplasta unos cabellos color de sol herido; sempiterna duda arrastrándose por estepa sin horizonte. Julieta y Romeo, abrazo inmortal con luz canora de alondra y timideces de alba. Ricardo II, análisis y espanto de sentirse juez de sus actos. Imogene, pudor ideal de la castidad libre. ¿Y Falstaff? ¿Y Julio César? ¿Y Jessica? ¿Sylock, carácter alargado y completado de *The Jew of Malta*? Y cada una de las creaciones shakesperianas, llenas, completas, resúmenes: hombres hechos de todos los hombres; mujeres, vasos colmados de feminidad.

Marco, detalle, ambiente, paisaje, en la obra de Shakespeare, parte del personaje. Lear, en su locura, es la landa maldita. Ofelia es el agua del lago que es su tumba. Ben Jonson no llega a la concreción; su tipo se cuarteja, y la taberna, y la calle y la iglesia y el mesón, y el río, toman vida aparte, retoñan del tronco a expensas del árbol, árbol que queda arbusto frondoso, agradable, pero que nunca llega a crecer para desmelenarse y rugir, lleno de majestad, sobre nuestras cabezas.

Londres del siglo XVI y mundo sin siglo; vestidura y desnudez; cuadro de época y estatua eterna; limitación de retratar al hombre y anchura de crearlo: Ben Jonson—Shakespeare.

Charlatanismo

DEL *Journat d'un Poète* de Alfred de Vigny.

«El charlatanismo ha llegado a su grado máximo. No sé qué podrá terminarlo cuando no sea su exceso mismo. Espero mucho del exceso».

El charlatanismo no ha terminado aún. Ni terminará. Alfred de Vigny

se equivocó. El charlatanismo sigue haciendo redentores de pueblo y grandes periodistas, y senadores y diputados.

Secreto

VIMOS correr a este hombre locamente por la calleja estrecha. Iba perseguido por alguien que no acertábamos a ver. De súbito, un grito, empapado de horror, rasgó la noche. Y el hombre cayó delante de nuestros ojos asesinado.

Entonces vimos.

En voz baja, temblando, revelamos el secreto. ¿Se nos creerá? A este hombre lo asesinó su sombra.

◉ Rincón nuevo que ya es viejo

UN diván oriental. Piel.

Sobre una mesita de palo rosa y de nácar un jarrón con cardos y la sonata op. 5 de Beethoven, la *Appassionata*.

En la pared la mascarilla del músico sacada por Franz Klein y debajo de la mascarilla, un pergamino con estos dos juicios de Hugo von Hofmannsthal sobre el Maestro:

«Solo, se entreténía en discursos sonoros con él mismo».

«Parecido al hombre del pueblo, su alma era completa y sin hendija. Pero poseía lo que el pueblo no conoce y lo que no conocen muchos oradores de palabra embustera: la pasión espiritualizada que convirtió en esencia de su música».

De Liverpool a...

CIELO norteño gris, gris gris.

Mar norteño gris, gris, gris.

Nuestro corazón se carga de humo.

Un marinero quiso cantar. Una burbuja señaló el deseo del marinero en la niebla.

Olas grises, grises, grises.

Olas gigantes. Olas sombrías.

Tres gaviotas se inmovilizan bajo del cielo gris y sobre de nuestra pena.

Entre paréntesis

HEMOS comprendido toda la recóndita música de la lengua italiana al oír caer de unos labios cargados de amor ese claro nombre de poeta: *Francesco*.

RAMÓN VINYES.

Un nuevo Jesús

JOVEN INDIA (1919-1922). Por Mahatma Gandhi. Con un breve opúsculo del movimiento de no cooperación. Por Babu Rejendra Prasad.

MAHATMA Gandhi está siendo reconocido. Recuerdo que cuando yo preparaba un discurso sobre este hombre en 1920, no pude encontrar nada acerca de él fuera de unos cuantos recortes de periódicos y una breve pero simpaticadora narración de su vida en un artículo en el *Hibbert Journal* (1917) por Gilbert Murray. Más tarde conseguí algunos libros y folletos de la India y logré poner la mano al rarísimo folleto *M. K. Gandhi, Un Patriota Indio en Sur Africa*, por Joseph J. Doke. Hoy, al fin, comienza a aparecer material aquí en los Estados Unidos. Haridas T. Muzumdar, un compatriota, ha publicado en Chicago una breve biografía, *Gandhi el Apóstol*. En el *Century* se está publicando una serie de papeles biográficos por Romain Rolland, la cual aparecerá pronto en forma de libro. El propio libro de Gandhi, *Hind Swaraj*, se está imprimiendo. Y aquí están los escritos del Mahatma en su periódico, *Joven India*, durante el gran período de 1919 a 1922.

Si yo creyera en la idea de la reen-

carnación, miraría a Mahatma Gandhi con toda reverencia como Jesucristo vuelto a la tierra. Si yo creyera en la doctrina del Segundo Advenimiento diría que este acontecimiento había ya ocurrido en la India. Al decir esto no me refiero a la influencia del Nazareno sobre el indio, que él mismo ha hecho clara. Tengo más bien en mientes el espíritu todo de Gandhi y el maravilloso modelo de su vida. El Alma de este Mahatma es el alma de Cristo. Su simplicidad y pureza interiores, su mística posesión de las eternas verdades, su extraña combinación de humildad y exaltación, su profunda comprensión e infinita compasión, su vasta capacidad para el sacrificio, su inflexible propósito de idealismo, su amor de los hombres y su sentimiento de Dios—todo esto reproduce a Jesús. Igualmente notable, como un paralelo histórico, es la filosofía de no resistencia, en la cual Gandhi funda su movimiento por la emancipación de la India y la restauración de su cultura nativa. Expresada en términos de organización económica y política desconocidos para Jesús, es en el fondo el mismo ideal aplicado al mismo problema de redención espiritual. La vida misma de Gandhi y su drama hasta hoy—un ministerio público de tres

años dirigido a las multitudes y contra los gobernantes nativos de su pueblo y un imperio extranjero, con principios espirituales de amor y sacrificio como el fundamento de un nuevo orden social, y que concluye en detención, juicio, y, no crucifixión sin duda, pero larga prisión—todo esto sugiere una transferencia de la relación del Nuevo Testamento a nuestros días. Y este libro *Joven India*, voluminoso como es, parece un evangelio de este moderno Cristo!

Las páginas finales, como en cada uno de los cuatro Evangelios, presentan la narración del arresto, el proceso y condena del jefe no resistente de su pueblo. A esto preceden, como en los Evangelios, anticipaciones del suceso (*Si me arrestan*). El arresto es descrito brevemente. Luego viene el juicio ante el juez inglés—el interrogatorio, la confesión de culpabilidad, la inolvidable *Declaración* de Gandhi en el Tribunal, la respuesta altamente honrosa del juez, la sentencia, la escena final de la despedida. No hay nada en la historia comparable con esto, excepto la muerte de Jesús, o la muerte de Sócrates, o la de John Brown. La narración, como aparece en este volumen, está destinada, en mi opinión, a ocupar un lugar permanente en la literatura universal del martirio heroico.

En las mil y más páginas que conducen a este sublime desenlace, están reunidos «todos los artículos, que suman centenares», publicados por Gandhi en *Joven India* durante su activa dirección del movimiento de no cooperación. Los trabajos separados, que incluyen no solamente artículos sino entrevistas, conversaciones, cartas, editoriales, notas ocasionales y «observaciones de paso» abarcan toda la escala de la discusión desde los más exaltados principios morales y religiosos hasta las materias comparativamente triviales de conducta individual y tácticas de partidos. Algunos, escritos por otros, figuran en la colección por su relación directa con ciertos aspectos de la carrera de Mahatma o de sus ideas. Otros están acompañados de una corta explicación del tiempo y las circunstancias en que fueron escritos. Muchos contienen importantes datos biográficos. Todos concurren, como documentos vivientes publicados cuando fueron escritos en la fiebre del conflicto, a dar una imagen sin rival de Gandhi en sus más grandes años—su programa y su aplicación a una miríada particular de casos; su propósito y la fe por la cual vive; sobre todo, su augusto espíritu. El se mueve en estas páginas tan vívidamente como Jesús en los Evangelios—y tan sublimemente.

Joven India, no obstante su volu-

men y su moderno aspecto documental, sugeriría aun más vigorosamente el paralelo con el Nuevo Testamento en que insisto, si no fuera por la ordenación que el editor hizo del material, lógicamente, en lugar de cronológicamente, por asuntos; como en una enciclopedia, en vez de la sucesión de los acontecimientos como en una historia o biografía. Los capítulos aparecen así «distribuidos y agrupados en diez secciones», tituladas *Hacia No Cooperación*, *Los Principios de No Cooperación*, *La Campaña de No Cooperación*, *Hacia la Desobediencia Civil*, *Miscelánea*, etc. Este plan tiene la ventaja de hacer del libro una especie de texto, admirablemente adaptado a los usos de los que desean conocer las ideas y prácticas de la gran revolución de Gandhi. Pero esta ventaja es obtenida al precio de perder la marcha de los acontecimientos, y de este modo el curso del movimiento más emocionante y trascendental de estos tiempos. Yo me he sentido sublevado contra esta tentativa de clasificar bajo asuntos generales y títulos precisos lo que jamás había sido clasificado por Gandhi, y por el contrario expresado como el momento lo determinara o como esta o aquella crisis se desarrollaba. Gandhi, después de todo, no es un filósofo, ni primariamente un pensador, sino un estadista, un reformador, un caudillo popular, un vidente y un profeta, aquella extraña combinación de hombre de acción y hombre de visión que aparece, como en Jesús, sólo en las almas más raras de la historia. Debemos verlo y escuchar sus palabras a medida que él se mueve un día tras otro y de suceso en suceso. Ordenar material como el editor lo hizo en *Joven India*, se asemeja demasiado a lo que los teólogos han hecho con las palabras de Jesús para que pueda ser satisfactorio.

PANORAMAS INGLESES

El régimen de la libra

INMEDIATAMENTE después de cambiar mis pocas pesetas en libras esterlinas, he ido a charlar con algunos hombres de la City. En ese momento la libra costaba ciento veinte francos franceses, treinta y cinco y media pesetas y una cantidad astronómica de marcos alemanes. Sin embargo, los hombres de la City no estaban contentos. En todas esas callejuelas en las que se enredan los negocios del mundo había una inquietud palpitante. La libra pesaba demasiado en los bolsillos. Y los bolsillos, dentro del admirable régimen que nos gobierna,

Lo que el lector probablemente echará de menos en este volumen es cierta elocuencia que se le ha inducido a esperar por las historias que han venido de la India sobre la vasta influencia de Gandhi entre sus compatriotas. Hay poco aquí de la concisión del gran maestro del lenguaje popular, el Nazareno—poco de su incomparable poesía, su brillante ironía, su vívido poder de parábola y frase. Debe recordarse, por supuesto, que el libro contiene ensayos y cartas, no discursos. Pero aun así es obvio que la elocuencia de Gandhi es la de la personalidad no la de la palabra. ¡Pero qué personalidad! ¡Qué falta de prejuicio, orgullo, malicia, rencor, egoísmo! ¡Qué posesión de la tolerancia, la paciencia, la magnanimidad, el amor universal del hombre! ¡Qué íntima sumisión a la pureza y ostensible consagración al sacrificio! ¡Qué visión del espíritu, y qué confianza en las fuerzas espirituales para sufrirlo y conquistarlo todo! ¿Es sorprendente que este hombre haya ganado la adhesión de su pueblo y que esté ahora poco a poco apoderándose de la imaginación del mundo? En todas las cosas fundamentales del alma él es incomparablemente el más grande de los hombres que viven. En su organización de un vasto movimiento social en términos de coerción sin violencia y amor sin resistencia, su vida marca una nueva época en los anales de la raza. En propósito, método e ideal, él revela a nuestro tiempo, como Jesús reveló al suyo, el camino de la vida. Inglaterra hoy, sin embargo, como Roma ayer, no ve nada que hacer con este hombre sino destruirlo!

JOHN HAYNES HOLMES

(*The Nation*, New York. Trad. de *La Reforma Social*, Habana).

no son más que las reservas del estómago. En cuanto la moneda, por su exagerada pesantez, no puede meterse en los bolsillos, el estómago es el primer órgano que comienza a latir desesperadamente. El corazón late más tarde.

Los hombres de la City sentían ya los estremecimientos iniciales del estómago. Muy pronto el precio de la libra iba a imposibilitar la venta de los productos del trabajo inglés y la compra de los productos norteamericanos. Y éste era el motivo primario de la inquietud. El que la libra baje o suba

con respecto a las monedas de Europa, tiene en sí mismo muy poca gravedad. Lo grave del caso, según me explicaron, es que la libra y todas las divisas europeas bajan y suben con respecto al dólar. Es decir, con respecto al oro. La lucha verdadera se realiza entre el oro y el papel. La valuta europea no tiene otra garantía que las firmas de los billetes. El dólar tiene, en cambio, una garantía aurífera. Naturalmente, como Europa es un consumidor de América, le conviene que su moneda, aunque ficticio, tenga un valor igual o superior al dólar. Pero Europa es también un proveedor de América, y podría convenirle, por este lado, para vender más, que su moneda costase menos.

Mas la salud económica de un país es, como la humana, un equilibrio entre la salud y la enfermedad. El hombre absolutamente sano no existe. Tampoco existe el país de perfecta sanidad económica. Las oscilaciones de la moneda le favorecen y le perjudican al mismo tiempo. Lo acertado es que los favores y los perjuicios se compensen. Si el valor monetario propicia la venta, ataca la compra en idéntica proporción. Por esto, al subir la libra, los hombres de la City vieron, tanto como las facilidades de comprar materias primas, la dificultad de vender sus manufacturas. Y la dificultad de vender sus manufacturas significaba, desde luego, el acrecentamiento de la paralización industrial, mayor número de obreros sin trabajo, más impuestos para sostenerlos y más hambre en las calles de Inglaterra.

Así, el empeño inmediato de la City ha sido bajar la libra. Nadie se preocupa aquí de que la libra esté más o menos garantizada por el oro. El oro, aunque no sea sino la representación del trabajo, no es riqueza. La riqueza de un país es la suma de su volumen monetario, multiplicado por su velocidad. Lo rico es la circulación, no el respaldo. Si una libra pasa durante el día por cinco manos, al atardecer Inglaterra habrá tenido, no una, sino cinco libras. Sólo que para lograrlo es preciso que la libra conserve su equivalencia entre su poder de compra y sus facilidades de venta. Esto es: equilibrio financiero.

Como el alza de la libra le interesaba a los ingleses más que a los países cuyas monedas bajaron con respecto a ella, han sido los propios ingleses los que han forzado su baja. En un día, a una hora exacta, financieramente, que es más puntual que militarmente, los Bancos de la City han detenido, en Londres y en Nueva York, la caída precipitada del franco francés. Las clientelas seguirán entusiasmándose con los proyectos del Sr. Poincaré. Pero los hombres de la City, que en

veinticuatro horas han levantado el franco desde ciento veinte hasta noventa y dos por libra, se sonríen de la famosa dictadura económica.

Ahora, que como los problemas económicos no se resuelven tan fácilmente, la empresa de la City no está terminada. A la compra y a la venta de Inglaterra le interesa mucho, sin duda, el equilibrio de la libra. Pero esto no es lo que le interesa al Sindicato Internacional de Cambios, de Amsterdam. Al Sindicato Internacional de Cambios le interesa, precisamente, lo contrario. Y ya sabemos que tampoco él se descuida.

CÉSAR FALCON

Londres.

(El Sol, Madrid).

El poema de la tumba

Después de un fuerte movimiento sísmico, allá en el cementerio, silencioso, quedaron destapadas muchas tumbas donde estaban los muertos en reposo.

Un buen sepulturero, con dos hombres, sobre la tierra seca y amarilla amontonaba, sin pensar, los huesos: las vértebras lumbares, las costillas.

Y me infundió pavor aquella escena, al pensar qué esporádica es la vida que llevamos los hombres en la tierra, mientras llega la muerte, humanicida.

Tumba fría, furente y silenciosa, cómo mata la carne ya caída, la carne que llevamos, orgullosos, por el largo camino de la vida.

Sigue el sepulturero, indiferente, hacinando clavículas y vértebras, con húmeros y cúbitos y radios y con falanges blancas o cinéreas.

Vértebras cervicales que sintieron algún collar de cuentas cristalinas, hoy sólo sentirán en medio de ellas la médula espinal endurecida.

Viejos cráneos sin algo que se mueva, ya su masa encefálica tan fuerte, se hizo negruzca e inútil por el roce de la mano funérea de la muerte.

Cráneos que sostuvieron las guedejas con ganchos de carey, de oro y de plata, quietos por el mandato inexorable que promulgó la muerte, tan ingrata!

Huesos del metacarpo, desunidos, que sintieron la sangre de otras manos, la sangre del amigo y de la amiga, la sangre del abuelo y del hermano!

Huesos del metatarso que sintieron —si no el calor amigo del calzado—,

el calor de la tierra en los caminos que tendieron los hombres en el prado.

Rótulas que en el piso de los templos sostuvieron el cuerpo reclinado, cuando alguna plegaria transparente se escapaba, nerviosa, de los labios.

Viejos húmeros, cúbitos y radios que abrazaron a la hija o a la hermana, cuando el momento de una despedida oscurecía los cármenes del alma.

¡Oh viejos huesos de mujeres bellas o de varones gárrulos y fuertes, os desunió la lanza puntiaguda que trepida en los dedos de la muerte!

Huesos, tal vez de viejos encorvados, de ancianas temblorosas o patriarcas, unidos con los huesos de los jóvenes por el poder inmenso de la parca.

¿Para qué, pues, el lujo de los hombres? ¿Para qué perseguir los embelesos, si nuestra vida cual muñeco flébil ha de trocarse en un montón de huesos?

Obsesionante realidad que me hace sentir indiferencia para todo, y a la vez un cariño inexplicable para la piedra tosca y para el lodo.

Muere, pues, vanidad, tú que nos llamas, que el día menos pensado, quien nos hizo, nos llamará a vivir quietos y mudos bajo los viejos y altos ciparisos.

Amigos y enemigos, todos juntos, allá irán sin pensar en refrigerio, que en la última página del hombre está el punto final del cementerio.

A mi oído de hombre en este día la abeja del futuro vuela y zumba... ¡Pienso en la alta quietud de los cipreses y en el santo silencio de la tumba!

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, C. R., 13-3-1924.

¡Representación por clases!

¡Representación por clases! He aquí la pseudo idea, el mito más disparatado. No hay ni puede haber más que la representación por partidos políticos, que a su vez representan o sistemas de gobierno o grandes intereses colectivos. Un ciudadano que se sienta tal votará como liberal o absolutista, como libre cambista o proteccionista, como federal o unitario, como demócrata o dictatorista, pero no votará como carpintero o médico o boticario o músico o tendero de ultramarinos.

MIGUEL DE UNAMUNO



ALFONSO REYES

La viñeta en el Atlas

DE muy entretenido mirar son los antiguos Atlas o «Atlantes». Tal vez la distribución de los países y su contorno aparezcan señalados en ellos de manera asaz caprichosa. En cambio, las más divertidas miniaturas los ornamentan. La imagen de un dragón u otro fabuloso animal preside la carta de un Imperio. Más allá, la graciosa figuración de una fortaleza corona el nombre de una ciudad. Parejas de mongoles o de chinitos señalan las tierras del próximo o lejano Oriente. Emerge de una isla el medio cuerpo de una sirena, Scilla y Caribdis sirven de garitas a las viñetas de dos amenazadoras tarascas. ¡Qué cara de buena persona tiene, por el contrario, el Antropófago, figuración de la cruda Libia! Ni a Egipto le faltan sus Pirámides, ni a Rodas su Coloso, ni a Nápoles su volcán, vomitando una lava de rutilante azul, entre finos estriados de purpurina.

La ingenuidad de estas atribuciones iconográficas puede darnos que sonreír. ¿Es más seria, sin embargo, si bien se repara, la «geografía social» que, a cierta edad, nos inculcaron nuestras lecturas, para no hablar de la que nos propinaron nuestras escuelas, con maestros más o menos imbuidos—aunque a veces fuese a la manera de monsieur Jourdan—de las doctrinas de Hipólito Taine y de su determinismo físico...? En el mapa del desierto, según esas doctrinas, había que poner el símbolo del Único Dios—porque «el desierto es monoteísta», ya se sabe—. Al contrario, entre el dentellado contorno de las

costas griegas cabía apenas la pululante representación de un Olimpo. En los países del Norte, ¿cómo olvidar «las brumas», las famosas «brumas»? En los del Sur, ¿cómo prescindir del sol, del famoso sol, que habrá que pintar, solitario, triunfal y amarillo, como un as de oro? La figurita del español, según esta convención geográfica, mata un toro sobre el rótulo de la ciudad de Sevilla. La figurita del inglés, entre las letras del mar de las Indias, lleva un gran casco colonial. Cada lugar tiene su pequeño símbolo, y cada pequeño símbolo, su pequeño dogma.

Alguna vez, las distintas versiones no concordaban... Cuando mi hermano era muy mozo, se marchó a estudiar a Inglaterra. A los pocos días de estar allí le llevaron a una representación de *music-hall* inocente. He aquí que de pronto ve aparecer sobre la escena un tipo vestido con un traje a cuadros muy grandes, con un casco colonial blanco, la pipa en la boca y unas rojas patillas encuadrando la roja faz. Aquel tipo se puso a cantar y a bailar grotescamente. «¡Qué cosa más rara!—pensó mi hermano, que todavía no entendía la letra de la canción—. ¡Los ingleses hacen aquí la caricatura del inglés...!» Se equivocaba. Tras de aplicarse a hacerse cargo de lo que aquel payaso decía, acaso tras de informarse y preguntar, vió cuán radicalmente se equivocaba. Un muñeco vestido con un traje de grandes cuadros, tocado de un casco colonial, con la pipa en la boca y unas patillas color de fuego, en aquella ciudad y por lo menos en aquellos días, *no significaba un inglés*. Significaba *un francés*... Era el tipo del francés... Dos leyendas simbólico-geográficas, sin duda en grado muy parecido de arbitrariedad, se devolvían mutuamente la pelota.

Pero, en otros casos, las versiones corrían unánimes, y la viñeta, en el Atlas de las convenciones, resultaba siempre la misma... Así es como, obstinadamente dibujada por el lugar común, el mapa de la América española ostentaba siempre, presidiéndola, casi llenándola, la imagen de un monstruo.

Y ese monstruo era la *Exuberancia*.

Alfonso Reyes

SE va de España Alfonso Reyes, gran literato, gran amigo, después de diez años de convivencia entre nosotros. Obligaciones de su carrera y destino van a llevarle lejos de aquí... El pan comido a manteles de Lhardy

Glosas

no amenguó el sábado pasado los duelos de la despedida. Pero *les dió un centro*; y dar un centro es *dibujar*; y dibujar es *aclarar*; y aclarar es *enoblecer*.

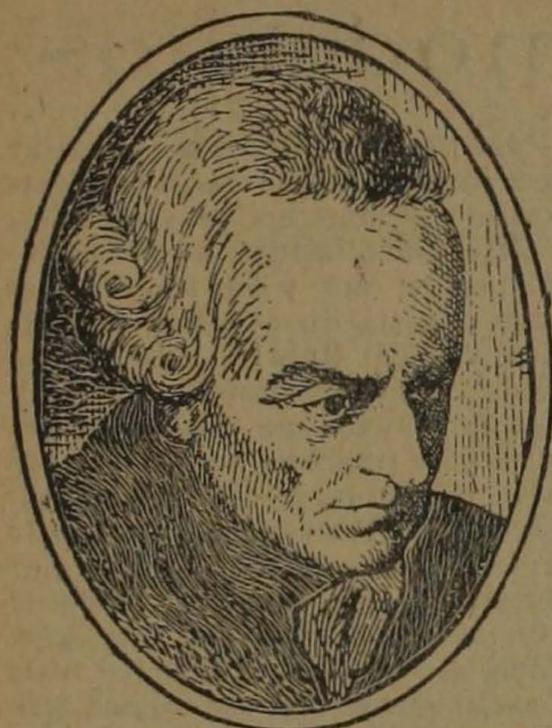
A postres del banquete, nuestra suave meditación—entre los sentimientos que la circular de invitación había calificado acertadamente de «encontrados»—tal vez se preguntaba: ¿Qué función espiritual dominante, qué mejor hazaña ha cumplido nuestro amigo, en esta década de trabajo entre nosotros? ¿Qué signo suyo nos deja? ¿Por qué nota y aspecto podremos recordarle más...? Esto se preguntaba nuestra meditación y se contestaba inmediatamente: He aquí una gran tarea que este escritor ha sabido cumplir: Alfonso Reyes es el que le ha torcido el cuello a la Exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América.

Sí. Así, desde el principio hasta el fin. Desde la primera carta de gestión en los pasos de una residencia que comenzaba como un destierro, hasta la última palabra del brindis trunco, con que hoy, al terminar aquella, recibía nuestro homenaje. Así en la literatura como en la diplomacia. Así en el periodismo como en la filología. Así en la poesía como en la historia. Lo sobrio siempre, lo limitado, lo recortado. *Ne quid nimis*; nada de más. Mejor, un poco de menos; que así los sabores se acrecientan.

La manera de «glosa», la manera quebrada y discontinua, Alfonso Reyes, sacándola del límite de los asuntos teóricos, la ha llevado, él primero, a los asuntos históricos; magna empresa, bella provincia y buen dominio, añadido a las regalías más sabrosas de la Inteligencia, Tratar la historia, que es narración—y, por lo tanto, tiende con insistencia a la continuidad—, rompiendo su línea en una serie de «glosas», es decir, en una serie de *puntos* completos y estáticos, casi equivale a racionalizar el movimiento, y, por consiguiente, a resolver las famosas *aportas* de Zenón de Eléa... Desde luego significa el golpe más duro que puede asestarse contra el corpachón policromo de la Exuberancia, la-de-pico-de-loro.

Ahora el mapa está limpio, y allí podríamos escribir, si nos conviniera, un signo nuevo... No nos conviene. Para honrar al que se abstenía, continuaremos fieles a las virtudes de la abstención. Pensaremos siempre en este hijo de los Mayas, que supo tener, en cualquier momento de su vi-

(Pasa a la página 190).



KANT

El filósofo de Königsberg, según un grabado antiguo

El 23 de abril pasado se conmemoró el bicentenario de su nacimiento.

HAY hombres—para valernos de la expresión consagrada ya—a quienes se honra con el culto de lo heroico en la Historia. De ellos es Kant. Su acción, lejos de contraerse a su propio país, excedió los límites de su patria prusiana y germánica, para informar y modelar el pensamiento europeo, la filosofía humana. Lo que representa Sócrates en la evolución de las ideas helénicas, es Kant en el desarrollo de la mentalidad moderna. El griego hizo del «conócete a ti mismo» del templo de Apolo el fundamento de su disciplina inmortal. El alemán ahondó y escarbó profundamente en los repliegues del pensamiento, extrayendo una ciencia entera, coherente y exacta que, desde entonces, se llama la «crítica de la razón». Antes se principiaba a filosofar sin conocer, previamente, el valor, la significación del útil del espíritu. A partir del maestro de Königsberg, primero se reflexiona sobre el alcance del entendimiento y después se aplica el entendimiento mismo a la investigación filosófica.

La actitud crítica es posterior, derivada; por eso es superior y eficaz. Primero se lanzó la imaginación auxiliada de la razón a construir el edificio de la metafísica; más tarde, se investigó si la razón misma es susceptible de servir como instrumento de la filosofía.

Comienza el espíritu humano por crear ensayos de explicación de la existencia. Es la edad juvenil llena de resolución e imprudencia. Kant significa la edad viril de la reflexión; actitud crítica, aquilatamiento de los re-

La influencia filosófica de Kant

curso de la mente, ponderación de las facultades de síntesis y análisis. En seguida, la obra sistemática y armoniosa asentada sobre el cimiento inmovible de un juicio exacto y claro.

Los filósofos griegos, con excepción de los escépticos, fueron todos dogmáticos—dogma, en griego, quiere decir afirmación—; lanzábanse a definir, desde luego, un concepto sobre el mundo y el alma, sobre la existencia universal. Todo es agua para Tales; para Anaximandro, todo es aire; para Pitágoras, número y armonía; para Heráclito, todo es movimiento y transformación; para Parménides el movimiento es ilusorio, no más es real el ser eterno e inmóvil; para Empédocles el mundo se forma de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego; para Anaxágoras el mundo principia a explicarse por el Espíritu; para Sócrates, es inútil averiguar qué sea el mundo si antes no se sabe qué es el propio investigador.

Kant repitió la posición de Sócrates y de Descartes: conocerse primero a sí propio; más tarde, si fuere posible, averiguar la naturaleza de las cosas diversas de la razón.

Por eso en nuestro siglo, que ha sido llamado con propiedad el «siglo de la crítica», hay que saludar al filósofo prusiano con las palabras de Dante a Virgilio: Es «el Señor y el Maestro». Pero, mientras el ensayo crítico en Sócrates y Descartes era sólo una de las direcciones de la filosofía, en Kant se convierte en la filosofía misma. Hoy es imposible el dogmatismo. Ya no podemos creer sin discutir y desmenuzar las bases de la creencia. Nuestra dirección espiritual la marcó el célebre libro rotulado *Crítica de la razón pura*.

Los antiguos superan a los modernos en invención metafísica. Casi no hemos inventado, después de Grecia, una sola idea fundamental de explicación del universo. El principio de Parménides es el de Spinoza; Anaxágoras preludia a Leibnitz, Hegel reproduce a Heráclito. Schopenhauer es un Budha «perdido en occidente...» Nuestra gloria estriba en la diferenciación, en la disociación de las ideas, en lo minucioso del análisis, en lo exquisito y complejo de la reflexión que constantemente desconfía de sí misma, pero no para desconfiar indefinidamente, como lo hicieron los escépticos, sino para alcanzar la verdad, por pequeña y humilde que fuere. Gustamos mejor de un pensamiento cierto y exacto, que de una catedral de ideas brillantísimas que se desbarata al ponerse en

contacto con la vida; y aun cuando la única verdad que pudiésemos alcanzar fuese la que enseña que no podemos alcanzar ninguna, ya sabríamos algo definitivo a qué atenernos: lo inmensurable de nuestra ignorancia.

Pero este crítico sutil e implacable; este desmenuzador de creencias y doctrinas, tuvo una fe: el deber, la ley moral. Decía: sólo dos cosas me asombran en el mundo: «el espectáculo del cielo y el del deber en el fondo de la conciencia». Y la civilización contemporánea, llena del espíritu crítico kantiano, no ha seguido, desgraciadamente, al sabio de Königsberg en esta última parte de su glorioso mensaje espiritual. Hoy nadie quiere cumplir con su deber. Las naciones se asesinan entre sí, las razas se desdeñan unas a otras, los gobiernos engañan a los pueblos, los individuos se engañan mutuamente. ¿Por qué habríamos de cumplir con nuestro deber? Aplicando el espíritu crítico que nos legó Kant, a la misma ley moral, resolvemos que el deber no existe y que hay que vivir, como dijo un filósofo contemporáneo, «más allá del bien y del mal...»

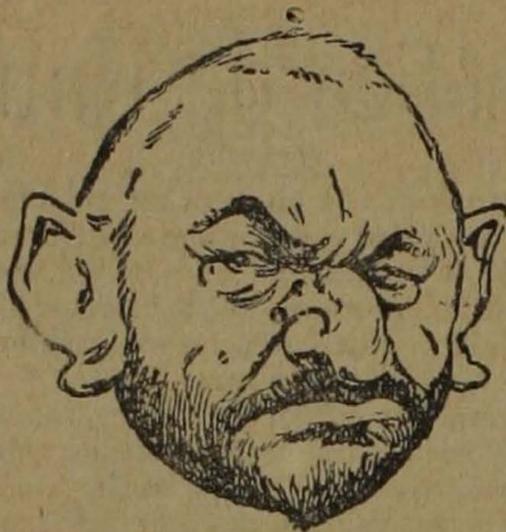
No obstante, Kant enseñó que el modo de asegurar la «paz perpetua» es vivir conforme a una máxima, que quisiéramos que fuese de «universal observancia». Y como no vivimos conforme a tal máxima, como lo previó el filósofo, yacemos en un estado miserable de guerra perpetua.

La industria desbarató la lenta vida humana del siglo XVIII y nos ha llevado al corazón de esta vorágine en que la Ciencia rige como emperatriz o autócrata suprema. No tenemos una fe, no esperamos un paraíso, no nos atemoriza un más allá. Por eso cabalmente vivimos tan tristes. La vida no tiene encantos para quien no tiene quimeras. ¡Quién sabe si sea bueno desengañar a los que sueñan!

De todos modos, sepa el mundo contemporáneo que el más grande de sus críticos y de sus filósofos fué un creyente y un creador y que después de destruir, construyó. La obra futura, emprendida según las ideas de Kant, ha de ser la integración del mundo moral; el empeño de restaurar, para todas las gentes, un ideal sereno, indiscutible, indeficiente. El día que un moralista estupendo afiance sobre la roca granítica de la «razón pura» el entusiasmo redentor del cristianismo, Kant de Königsberg, estará más cerca de nosotros y sonreirá desde su tumba.

ANTONIO CASO,

(Revista de Revistas, México, D. F.)



Caricatura de STINNES

HUGO Stinnes era, sin duda alguna, la personalidad más característica del imperialismo capitalista alemán. Fué este hombre enérgico una de esas figuras de otros tiempos, uno de aquellos señores feudales, conductores de mesnadas, sólo responsables ante Dios de su conducta. Podría, en efecto, decirse que se consideraba como un patrón por derecho divino. Industrial, negociante, financiero y, necesariamente, político, llevó a todas las esferas de actividad su espíritu de mando y sus aptitudes organizadoras. En pugna contra las corrientes modernas y en momentos de irrefrenables rebeliones, logró este hosco autoritario ejercer su dominio sobre las multitudes y plasmarlas en el molde de acero de su voluntad. Con razón se ha dicho que sin uniforme brillante, sin dorados y sin corona, Stinnes fué «de facto» si no «de jure» un soberano más poderoso que el último de los Hohenzollern.

¡Enorme imperio el de este burgués que tenía bajo su dirección centenares de empresas y ejercía su dominio sobre miles de trabajadores! ¡Y qué suma de esfuerzo para la conquista de este vasto reino! Un siglo de ásperos luchadores prepararon la aparición de este capitán osado que tuvo la fortuna de tropezar con el obstáculo desde los primeros días. Joven, casi adolescente, Hugo rompe resueltamente con la «firma de familia», en donde le aguardaba un porvenir halagüeño, y funda su primera sociedad, a la que sigue una prosperidad rápida y sin ejemplo.

Llegaba en instante propicio: la industria alemana, movida por un caudaloso impulso hacia las grandes concentraciones, carecía de uno de esos jefes que en los Estados Unidos asumían la gigantesca gestión directiva. Stinnes fué ese jefe y en sus manos el «consortium» se desarrolló a modo de un bosque poblado de árboles cuyas ramas se tocan en la altura y que alimenta un único caudal de aguas.

Después vino la guerra, y en ella Stinnes rivalizó con Ludendorff en

Monarcas modernos

energía. A la cabeza de las fábricas productoras de objetos militares, de los bancos, de las compañías de transporte, iba él como abanderado intrépido y caudillo experto. La derrota no lo doblega. Conserva—dice uno de sus biógrafos—todo su vigor y toda su audacia, y declara públicamente: «Jamás se ha roto en mí la voluntad de luchar, ni se romperá nunca, por largo tiempo que viva» ¿No ha dicho el cable que en su lecho de muerte concertó una operación de varios millones?

Ni menos lo doblega la tempestad socialista. El profesa un individualismo industrial cerrado e intransigente. «El trabajo, dice, es una función individual y en la empresa la autoridad directiva, que es un trabajo, la que tiene la última palabra». Pero frente a él se alza un enjambre de obreros que grita: ¡Jornada de ocho horas! ¡Alza de salarios! Sin inmrtarse replica: «Para salvar las dificultades presentes, Alemania necesita el esfuerzo máximo de todos sus hijos; no se ha perdido la guerra para economizar dos horas. Hay que trabajar, trabajar ahora, trabajar siempre». En cuanto al aumento de salarios, Stinnes consiente... con tal que se permita aumentar, asimismo, el precio del carbón y del acero.

Y no es que fuese indiferente a la suerte de los obreros. Había vivido entre ellos y conocía sus necesidades, sus dolores, sus cualidades. Como conocía también sus fallas y sus defectos.

Seguramente que un buen industrial prefiere que sus operarios estén bien alimentados y bien vestidos antes que mal vestidos y alimentados. Con independencia de todo principio altruista—que Stinnes no tomaba en consideración—el propio interés personal del patrón lo lleva a procurar el mayor bienestar de los obreros. No hace falta que la fórmula sea exigida imperativamente por la legión socialista. En este terreno no retrocedió Stinnes un solo paso.

El socialismo apenas rozó, empero, a Alemania con sus alas de fuego. A raíz del armisticio, las fuerzas destructoras obtuvieron por sorpresa una primera victoria. La salud no tardó en aparecer y las elecciones de 1920 derribaron los falsos dioses. Desde aquella fecha la paz interior hace su camino, y el fracaso de la huelga general de conductores de vehículos en 1922 y más tarde la de los obreros de Wurtemberg, provocadas por los agitadores, señalan el término de la aventura.

Hugo Stinnes ha desempeñado un papel importantísimo en la naciente etapa de reconstrucción económica. Su férreo puño sostuvo las industrias próximas a caer y les comunicó la fuerza robusta de su dictadura. ¡He ahí el Rey del Ruhr! escribe un publicista francés (Gaston Raphael). ¿Pero es verdad que en la comarca ocupada los franceses han encontrado en este Rey su mayor adversario? Adversario del Tratado de Versalles lo fué: mil veces lo declaró con una vehemencia que hacía inútil todo subterfugio. De sobra poseía, sin embargo, Stinnes el sentido de la realidad, para aconsejar que se mantuviera una actitud que traería para su país una segunda catástrofe.

Mas me alejo insensiblemente del objeto de estas líneas. En ellas no se persigue más que el propósito de bosquejar someramente un tipo creado por la etapa industrial a que tocamos, y que, si es verdad que la función crea el órgano, marcará la ruta a los que vengan detrás. El socialismo ha asignado a esa abstracción con tentáculos que se llama el Estado la gerencia de una inmensa concentración en la que figuran todos los instrumentos de trabajo. Contra ese programa se alza el de Stinnes: la tarea de la producción es obra del individuo y a los que duden de la capacidad de un hombre para tomar a su cargo esa acción multiforme, puede contestar el industrial alemán: ¡Aquí estoy!

Comparad las fuerzas de que disponían los reyes del pasado y comparad sus capacidades con las de los monarcas actuales y decidme de qué lado se inclina la balanza.

CARLOS DÍAZ DUFOO

(Revista de Revistas, México, D. F.)



SOBRE UN CONGRESO DE PRENSA

¿Latinismo o hispanoamericanismo?

A las asociaciones de la Prensa de España

ALEJO Carrera, corresponsal de *El Sol* en Lisboa, anuncia la celebración de un Congreso de Prensa latina en la capital portuguesa. Es la primera noticia que tenemos de semejante asamblea. ¿Están mejor enterados los directores de periódicos españoles? ¿Han sido invitados a esa reunión? ¿Lo han sido las asociaciones de la Prensa de España? ¿O es que la Prensa española no entra en el concepto de latina? No nos sorprendería que se la hubiera excluido en masa. También hubo el año pasado un Congreso de esa clase en Lyon, y no sabemos que estuviera representada la Prensa hispanoamericana, a excepción de la portuguesa. Pero aun el supuesto de que haya sido invitada, no perdería gran cosa con no asistir. Sería un huésped poco deseable.

Y esto no lo decimos por toda la Prensa de Portugal, que guarda, en conjunto, buenas relaciones de compañerismo con la española y sostiene análogos ideales hispánicos—acercamiento e inteligencia de los pueblos de idioma portugués y español, en Europa y América—sino de algún caso aislado que ha hecho plataforma de eso del latinismo para servir a Francia en su política de infiltración cultural y económica en las naciones americanas, y señaladamente en el Brasil. Latinismo quiere decir hoy galicismo o afrancesamiento.

No le reprochamos esta su política a Francia, que quiere lícitamente, como todos los pueblos dominadores, prolongarse más allá de sus fronteras, aunque no siempre sus armas—y esto no nos parece ya tan lícito—sean las de la penetración espiritual, la única verdaderamente pacífica. Francia cultiva intensamente el jardín de sus exportaciones, ideales y materiales, como cultiva su tierra, sus finanzas y sus industrias: técnica del mayor rendimiento con la mínima cantidad. El latinismo es la política de imponer como común a unos cuantos pueblos lo que sólo es de Francia, o de dar con marchamo francés lo que procede de otras naciones llamadas latinas. Sutil política de imperio. El latinismo es la despersonalización de todos los pueblos de lenguas romances, menos el francés, y en su exclusivo provecho. Bien está que esto lo quiera Francia; pero es absurdo que lo quieran los pueblos hispánicos de lengua española y portuguesa. Por eso nos sorprende

que los pretensos congresos de Prensa latina tengan su mayor apoyo, casi único, en Portugal. Aunque bien sabemos que en todos los países hay hombres que por una sonrisa de París son capaces de vender su alma al diablo.

¿Por qué no un Congreso de Prensa hispanoamericana? El hispanoamericanismo ha fracasado hasta ahora como política de estados, abstracciones demasiado perezosas e insensibles para labrar lo por venir. Los estados van detrás de las realidades sociales, rara vez delante, y ya es mucho que no estorben. Ese fué el error del hispanoamericanismo del período que podríamos llamar romántico, de banquete y discurso, de química digestiva y nebulosa sentimental: creer que los gobiernos podían hacer otra cosa que presidir esos condumios internacionales y cerrarlos con una oración invariablemente digna de ponerse a la cabeza de la más exigente antología del lugar común. Luego, hace poco, se pensó en apoyar la acción de su hispanoamericanismo orgánico en sociedades de cultura y beneficencia y en cámaras de comercio. Tampoco esto llevó, por las trazas, buen camino. Tales instituciones andan demasiado divididas por rivalidades personalistas y corporativas para que puedan emprender y rematar la obra de una gran inteligencia hispánica. Además, los españoles de América, por las reacciones naturales del medio en que viven, no siempre propicio socialmente al antiguo conquistador que llega ahora como un intruso dispuesto a la más dura competencia, no parece que son los más aptos psicológicamente para fundar una política hispanoamericanista dedicada a la definición y afianzamiento de valores comunes objetivos. El hispanoamericanismo ha de tomar formas concretas y perdurables, a pesar de muchos españoles y americanos.

Queda la Prensa, que es el exponente más cabal de la vida de los pueblos, el índice de su civilización en todas sus manifestaciones políticas, económicas e intelectuales.

Un Congreso de la Prensa hispanoamericana, incluyendo la de Portugal y Brasil, como partes integrantes e imprescindibles del concepto de hispanismo, reuniría en un haz la mayor suma de orientaciones y anhelos reales e ideales que animan a los países de lenguas lusoespañolas. Hay muchos

problemas relacionados específicamente con la Prensa hispánica que necesitan un estudio común y una resolución colectivamente entusiástica. Uno es la cuestión de los cables y las agencias periodísticas, de que ya se ha tratado reiteradamente en la Prensa española, para evitar que las noticias de Europa y América lleguen recíprocamente falseadas, según los intereses y los cálculos de determinadas potencias de aquende y allende el Atlántico que actualmente rigen y vician las fuentes principales de información. Otro es el tema de la propiedad literaria, cuya presente anarquía tales estragos y abusos ocasiona a la producción intelectual hispánica de esta y la otra orilla atlántica, aunque se crea erróneamente que sólo daña a españoles y portugueses. Otro podría ser el fomento mutuo del libro de idiomas lusoespañoles por medio de secciones bibliográficas metódicamente cultivadas en toda la Prensa hispanoamericana, como ya hacen, con plausible espontaneidad, algunos periódicos de América. La misma publicidad, sostén básico de la Prensa moderna, podría ser, relativamente a la industria y al comercio hispanoamericanos, objeto de una organización sistemática y más eficaz que ahora.

Junto a esos asuntos peculiarmente vinculados a la Prensa, un Congreso de periódicos hispanoamericanos se ocuparía seguramente de problemas que trascienden de la estricta esfera profesional, pero no de su misión de esclarecedores y guías nacionales. Aduanas, armamentos, transportes, comunicaciones postales y telerradiográficas, tratados de comercio y arbitraje, concesiones a compañías extranjeras, intercambios científicos, artísticos y pedagógicos, cuestiones de límites, conflictos de integridad territorial e independencia, acción mancomunada en la Sociedad de Naciones, todo, en fin, cuanto afecta por igual a las relaciones pacíficas, a la prosperidad y prestigio de cada nación y a la común cultura hispánica, tendría en un Congreso de esa naturaleza la solicitud y dilucidación que se merece. Y los acuerdos tomados por la Prensa hispanoamericana y defendidos tenazmente desde sus innumerables columnas serían el cuerpo de doctrina hispanoamericanista más rico y eficaz que se hubiera articulado nunca.

¿No creen D. José Francos Rodríguez, presidente de nuestra Asociación de la Prensa, y todos los presidentes de las asociaciones españolas hermanas, y todos los directores de periódicos, y todos los escritores que, como D. Eugenio d'Ors, tanto se preocupan del aprovechamiento cultural del poder inmenso que representa la Prensa, que el hispanismo está pidiendo una

intervención colectiva e inmediata frente a un latinismo equívoco, astuto e invasor?

LUIS ARAQUISTAIN.

«Sr. D. Luis Araquistain

Mi querido amigo: Acostumbra darse por entendido que, en una corporación cualquiera, el «presidente de honor» es un ser afligido por la más ornamental de las inutilidades. No lo ha querido así la Federación de la Prensa de España. Al contrario: al favorecernos a D. José Francos Rodríguez y a mí con aquel título, exigió, por modo explícito, que prestáramos directa asistencia a la gestión de sus asuntos. Esta es la razón de que hoy me encuentre en disposición de contestar el amable requerimiento nominativo que usted me dirige en el artículo, por demás oportuno, publicado en *La Voz* del pasado jueves.

No, mi ilustre amigo. La Prensa española no ha acudido oficialmente al llamado «Congreso de la Prensa latina», de Lisboa. Ni la Federación de la Prensa ni nuestras asociaciones locales estarán allí representadas. El riesgo de equívocos como los que usted, con tan vigilante lucidez política, ha señalado nos movió al acuerdo general de negar nuestra adhesión por ahora a cualquier liga o unión internacional que no sea el *Press Congress of the World*, cuya tercera reunión está proyectada precisamente para celebrarse en Sevilla. Y aun el concurso que a esta entidad preste la Federación española se encuentra sujeto a condiciones que oportunamente presentó el presidente efectivo de la misma, Sr. Blanco Sánchez, a mister Wriugh Brown, representante autorizado de aquélla.

En los aspectos negativos del problema, el criterio de la Federación está, pues, perfectamente de acuerdo con el que usted sustenta. No lo está menos en sus iniciativas de orden positivo. La celebración de un Congreso de Prensa hispanoamericana, prelude, o, por lo menos, estudio, de una ampliación del régimen federal actual, figura entre los fines inmediatos que se ha propuesto el Comité de la Federación, apenas ésta constituida. Ya se ha entrado para ello en conversación con caracterizados representantes del Ultramar inteligente... El índice de cuestiones que usted señala justifica de sobra la impaciente idealidad del impulso: bastaría para explicarlo la necesidad de que nos pongamos de acuerdo los servidores con que cuenta el espíritu, a uno y otro lado del mar, para defensa de ciertas esencias sentimentales exquisitas, ante el embate de una competencia universal de intereses que toma, con frecuencia excesiva, apariencia y disfraz de competencia de culturas.

Cuando se agita cualquier tema de los

referentes a la conducta de España con los pueblos de América, convendría siempre evitar la divagación, resistiendo al plano inclinado de las asociaciones de ideas demasiado fáciles. Ni el comercio, que siempre pecará de interesado, ni la inteligencia pura, que siempre pecará de inerme, pueden en este capítulo producir el deseado acercamiento. Este vendrá, si por algo viene, por obra de la Prensa, provincia de la moderna civilidad, donde confluyen las corrientes de intereses materiales y las de intereses espirituales; región en que el comercio se esclarece con la doctrina y la inteligencia se viste de armas.

Intervenir en los detalles concretos de su vida corporativa, y aun de su organización profesional, es, de veras, estructurar uno de los aspectos morales más importantes del futuro... Usted acaba de dar en este sentido un excelente ejemplo. Reciba por él, junto con las informaciones que gustosamente le ofrezco en esta carta, mi devota felicitación.

EUGENIO D'ORS

16 de febrero de 1924

(*La Voz*, Madrid).

Casa para los maestros

Se habla en la República Argentina de este noble propósito: de la CASA PARA LOS MAESTROS. Al respecto se han emitido opiniones interesantes. Veamos esó.

La Asociación del profesorado inglés, con más de cincuenta mil miembros, cuenta con su gran edificio propio en Londres, para alojar a los maestros de tránsito, módicamente; para conferencias culturales, clubs y asambleas políticas, donde se eligen los candidatos que los representarán en la Cámara de los comunes. Una casa solidariza tanto como un ideal o un interés.

J. ALFREDO FERREIRA.

Me pide Vd. opinión sobre el proyecto de fundar «La Casa para los maestros» con el programa mínimo que impreso me envía.

¿Cree Vd. que cabe dudar respecto a la excelencia de la idea?

Lo que importa es convertirla pronto en realidad con el concurso de todos los maestros y amigos de la educación, prestado resueltamente, sin egoísmos.

¿Que tal o cual número nos parece difícil cumplir o no tiene nuestra simpatía? ¿Qué importa si, en cambio, no puede haber discrepancias en lo que es fundamental y para todos necesario: conocerse, vincularse, robustecer la solidaridad que entre los educadores y también los padres de los educandos debe existir, para el mayor bien público y para el propio bien de maestros y profesores?

¡Qué fuerza incontrastable la de todos los educadores unidos al servicio de los nobles ideales que deben inspirar constantemente su acción!

¡Qué fácil sería, entonces, obtener con el amparo de la opinión pública, legítimamente conquistada, muchas mejoras que el gobierno técnico y administrativo viene reclamando tan imperiosa como infructuosamente desde hace tanto tiempo!

¡Cómo aumentaría y se traduciría en hechos la consideración social por el maestro, a quien hoy se le tributa sólo «de los labios para afuera» tanto en las esferas del gobierno [como en las de las familias!

Unámonos como obreros de la cultura y la felicidad individuales y colectivas; unámonos para el bien y todo lo alcanzaremos!

PABLO A. PIZZURNO.

Opino que los maestros necesitan un hogar y que la iniciativa es digna de todo encomio; pero no puedo pasar en silencio que sin un espíritu dinámico intelectual la casa del magisterio no merecerá sino la natural simpatía de una obra de ayuda del noble gremio.

Es necesario, pues, dotarla de un espíritu de trascendencia social benéfico para el país y en cuanto sea posible, para los hombres.

Que esa casa dé, por ejemplo, conferencias sobre los problemas que agitan actualmente a los hombres y, sobre todo, que abra sin temor el alma nacional a todas las palpitaciones del humano espíritu, sin exclusión para lo conservador o tradicional como para lo revolucionario y evolutivo,

Así solamente se da a la estructura social la elasticidad para recibir las nuevas exigencias de la vida y la posibilidad de crear el órgano encargado de su función. Necesítase la innovación que afianzada en lo tradicional salte al futuro.

Así se prepara el alma nacional para la renovación sin la cual los pueblos envejecen, se corrompen y se disgregan. ¡Hay que tener valor para afrontar la vida evolutiva por esencia!

He ahí un espíritu para «La Casa de los maestros». ¿Prenderá en ella esta iniciativa de alma generosa, audaz y amplia? De esa manera despierta mi exaltado entusiasmo.

CARLOS B. QUIROGA.

La sociedad es al hombre lo que la tierra a la semilla. Son los extremos de una equivalencia. Por eso la una sin la otra es una hipótesis absurda. Sin forzar el símil puede afirmarse que «La Casa del Maestro» tiene desde cierto punto de vista, el mismo significado. Por eso también el maestro es deficiente en su acción, mientras no se

Un poema en la noche

Amo la noche por su sombra,
por su soledad,
por su silencio fúnebre, inmenso.
Amo la noche por la ausencia del sol,
por la expulsión de todo bullicio,
por la abolición del movimiento de los hombres,
por la mordaza que pone en las fauces de la vida.
Amo esta noche
que sepulta mis miradas en visiones inabarcables,
que me hace entender que pueden preguntarse muchas cosas,
que pueden proponerse muchas cosas.
Amo por eso la noche
y mientras todos duermen, en sus regazos velo sonámbulo.
Recuerdo el día, con su sol de oro,
con su luz de oro,
con sus sofocaciones de oro.
Recuerdo ese día que parece aclarar todas las cosas,
ese sol que halaga la impotencia de los ojos de los hombres,
y les hace imaginar que sólo cuanto ven existe.
Recuerdo ese sol
y me da náuseas de acordarme de los hombres,
de los hombres que viven a él sometidos
como esclavos serviles,
como seres de castrados espíritus.
Y me sumerjo en la noche:
en sus nubes fantásticas,
en sus estrellas innumerables,
en sus innumerables promesas de abismos,
en sus dóciles sombras
que lo sepultan todo en el espacio,
que lo sepultan todo en torno mío,
que lo unifican todo,
y me hacen sentirme un punto viviente entre las sombras,
un punto como tantos que puede ignorar mi conciencia,
o como tantos que tintinean su luz en el firmamento.

RAFAEL ESTRADA.

Egoísmo

A JUAN RAMÓN BONILLA, un artista que se apropia las formas de la Naturaleza para eternizarlas en estatuas.

Para mí se ha abierto sonriendo en la rama
del rosal flexible, tan fresca la flor;
para mí el perfume que su cuerpo exhala,
para mí el milagro de la rosa de hoy.
Para mí se alarga la sombra del árbol,
cual por protegerme manto femenil;
para mí la nube que semeja mármol,
o mejor, un cisne de un lago de añil.
Para mí el adorno de día de mayo
que finge el gorjeo del *come-maíz*:
entre la espesura le busco y no le hallo,
y el canto se le oye sencillo y feliz.
Para mí ha brotado la sonrisa rubia
del sol mañanero, y ha sido la luz;
y el agua, tan fresca como lo es la lluvia
me dió su caricia cantando *glú-glú*.
Para mí es que ha sido creado el Universo,
y mi gratitud se vuelve estupor;
entorno los ojos para hacer el verso
y otro mundo clama dentro mi interior.
Veó que, también míos, me ofrendan su vida
tantos seres puros; no merezco yo...
mis padres, mis padres, joya preferida,
mi esposa y el hijo; ¡qué bueno que es Dios!
Mi esposa, tan buena, duplica mi vida:
una vivo yo; otra, ella por mí;
crea en nuestra casa la ilusión divina
de que existe el cielo, todo para mí.
Y el hijo, y el hijo, y el hijo;
en su amor mi vida ya se eternizó...
todo el mundo es mío, para el mundo vibro;
todo está muy bien; ¡qué bueno que es Dios!

SALVADOR UMAÑA

Heredia, mayo de 1924.

complemente con la Casa que dará realce a sus esfuerzos y multiplicará sus energías en la evolución social del país.

JOSÉ BIANCO.

El proyecto de fundación de «La Casa para los maestros», me ha traído a la memoria el recuerdo ya vago de aquellas noches de fiebre e ilusión en que los fundadores de la Federación universitaria soñábamos con la Casa del estudiante. El propósito es semejante; el ideal el mismo. La Casa del estudiante aún no ha surgido. Faltó el empuje, la actividad, el espíritu de sacrificio. Hago votos por que quienes han soñado y proyectado este hogar para el maestro, tengan aquellas virtudes, no cejen en la empresa, cualesquiera que sean los obstáculos y las decepciones iniciales y conviertan en obra, su sueño y su afán.

ROBERTO F. GIUSTI.

En 1918, siendo presidente de una institución magisterial, presenté al

Congreso un pedido de subvención de 50.000 pesos, con el fin de crear el «Ateneo del magisterio» que habría sido el centro social propio de los maestros. La solicitud pasó a la historia.

Hago esta referencia al solo objeto de significar la simpatía con que he visto la feliz iniciativa de fundar una «Casa para los maestros» mediante la exclusiva acción privada de quienes han de ser sus inmediatos usufructuarios.

«La Casa para los maestros» será una conquista de admirables proyecciones y no es ilusorio esperar que un cercano día sea ella una sede de cultura, de donde irradien fecundas ideas de progreso moral para la República, supuesto que su existencia se funda en la solidaridad de los educadores.

Tal promesa debiera ser un acicate para que a la mayor brevedad pueda realizarse el noble propósito, como lo desea vivamente el subscripto.

J. MARIO FLOREL.

La proyectada «Casa para los maestros» es una idea luminosa, llena de

nobles sentimientos y promesas de elevación para el magisterio argentino. Pueda, ella, en la prosperidad, constituir el alma de ese magisterio para amar, pensar y dirigir la enseñanza del país, asaltada por los incapaces.

VÍCTOR MERCANTE.

Programa mínimo

Fundar y construir en un paraje céntrico de la ciudad de Buenos Aires, un hogar para los maestros adheridos al presente proyecto, al que será anexo:
Un salón de actos.
Una biblioteca.
Un museo didáctico, de manualidades y de productos regionales de todas las escuelas de las 14 provincias y de los 10 territorios.
Un restaurant modelo y alojamiento cómodo, bajo el conocido sistema cooperativo.
Salidas de recibo.
Agencias de informes y servicios gratuitos de compras.
Pabellón para los niños de los socios.
Caja de préstamos.

Clases de manualidades para los maestros adheridos, aplicadas a los programas de las escuelas primarias o complementarias, etc., etc.

Se gestionará:

La obtención del descuento del 70 % en los ferrocarriles y vapores, para los maestros asociados del interior que se dirijan a la capital federal, durante los meses de vacaciones.

Una suscripción económica obligatoria a los principales diarios noticiosos del país.

La personería jurídica.

Me adhiero al proyecto de fundar y construir en Buenos Aires LA CASA PARA LOS MAESTROS, suscribiéndome a UNA ACCIÓN DE DOSCIENTOS PESOS m/n., fraccionada en cuotas mensuales de DIEZ o VEINTE pesos (táchese la cantidad que no le convenga).

Esta adhesión empezará a tener valor real cuando por intermedio de *Nueva Revista* o por otro conducto se hayan publicado:

1º Los nombres de MIL ADHERENTES como mínimo.

2º Los resultados de la encuesta o referendium.

3º La constitución de una Comisión nacional ejecutiva.

Firma y domicilio.

(De *Nueva Revista*,
Buenos Aires).

No es el Gobierno la mejor plataforma para exhibir a los hombres

...Pero en Inglaterra, como en todas partes, no es el Gobierno la mejor plataforma para exhibir a los hombres. Puede ser la mejor para probarlos, para valorizarlos, para analizarlos. Mas no para exhibirlos, porque los políticos, como los muñecos de los escaparates, deben exhibirse en la postura más agradable. Necesitan la libertad y la irresponsabilidad de la oposición. Casi todas las reputaciones políticas se hacen desde las filas opositoras. Al Gobierno van los hombres precisamente a perder su brillantez y su popularidad. El público gusta más la exterioridad brillante, el decorado, que la sustancia de la obra. El trabajo silencioso, inflexible y fecundo, le entusiasma menos que el discurso retórico. El orador es el héroe de la masa; el gobernante es el héroe de la minoría. Esto no impide que algunas veces, como en el caso extraordinario de Lenin, el héroe de la multitud conserve y aun acreciente su popularidad desde el Gobierno. Mas, comúnmente, dentro del normal desenvolvimiento de nuestras relativas democracias, ocurre lo contrario. De aquí que no fuera una tontería que Cavour estimulara su impopularidad para entregarse con mayor reposo a su obra gubernamental.

CÉSAR FALCÓN

Londres

Glosas...

(Viene de la página 184).

vir, y a despecho de todo, con las sabidurías de un griego, las perezas de un griego. Nosotros, en gratitud de lo mucho debido a las unas y a las otras, hacemos voto, en el momento melancólico de la despedida, de pensarlo mucho antes de atrevernos a manchar con la atribución de un garabato psicológico—ahora que, por fin, el loro legendario ha desaparecido—nuestro Atlas o «Atlante» de la América española.

EUGENIO D'ORS.

(A B C., Madrid).

Celajes

Tarde fría y luminosa. Arde el Ocaso con extrañas fulguraciones diamantinas.

Rojizas llamaradas gualda, rosa y amatista se funden en un óleo de celajes que con sus formas fantásticas semejan las hogueras candentes de las fraguas de Vulcano.

Veloz pasa una errante golondrina que va a ocultarse en el vecino alero, en donde la enamorada tórtola arrulla a sus polluelos, con la monotonía de su doliente canto.

Febo con su corte de rosadas vírgenes aladas, reclina su adorada frente en el resplandeciente lecho de púrpura y de oro.

En la opuesta colina se ve una inmensa nube con destellos de argénteo blancura. Es el tétrico lecho de donde despierta tímida, la velada amante del esplendoroso rey de las regiones siderales; quien celoso y despechado y pletórico de amor se oculta mustio detrás de los carmíneos resplandores.

Luciérnaga

Anoche al bajar la escalinata que da al jardín, tropecé con algo que brillaba como el reflejo de un fúlgido diamante; pero al ir a cogerlo sentí miedo de ver como se iluminaban mis dedos y su contacto me hizo estremecer.

Era una pequeña luciérnaga de fuego, que se movía sin cesar y giraba en torno de sí misma con continuos aleteos, alumbrando la menuda yerbecilla con el diminuto faro de su débil cuerpecito.

¿Dime, insectillo alado, luminoso vocero de la pompa de Mayo, ¿eres acaso un tenue rayo de fosforescente lumbre, átomo hecho luz de algún vibrante cerebro, que desprendido ya, se alojó en tu reducido tórax, o sois

tal vez el destello de un fugaz relámpago que alumbró un momento la tempestad de un alma?...

La noche

Silenciosamente, quieta, pasas, oh noche, envuelta en densos velos que se deslizan desde lo alto.

Me has hablado de fabulosos cuentos de hadas y de anhelos que nunca se realizan. Me has contado de ilusos amores en el hermoso mes de Mayo.

Tus ojos sombríos han visto las más horribles tragedias.

Bajo tus senos oscuros, se ocultan los más nefandos crímenes.

Entre tu manto negro, esconden su rostro los que no pueden le vantarse a la frente, los que no pueden mirar la luz.

Tu sabes del misterioso silencio del camposanto.

Gustas del dolor. De los besos furtivos y del amor vedado.

Tu eres, oh diosa morena y voluptuosa, la que adormeces en tus mórbidos brazos a todos los enamorados.

Diosa lasciva!!

FLOR DE LUNA

Mayo, 1924

Se ha organizado en Nueva York una poderosa Compañía Editorial Continental

Nueva York, 10 de mayo de 1924.

Sr. Joaquín García Monge,

San José, Costa Rica.

América Central

Mi estimado amigo:

Ayer se instaló en esta ciudad una compañía que girará bajo la razón social de «Compañía Editorial Continental». La componen jóvenes inteligentes, entusiastas, dispuestos a luchar en pro de la vulgarización de la literatura hispano americana que, a la fecha, sólo es conocida al través de media docena de poetas y novelistas consagrados por la crítica.

Entre esos jóvenes uno es norteamericano, Mr. William Cane, Maestro en Artes, muy estudioso, enamorado de nuestras tierras, traductor de libros clásicos españoles, por amor al arte, pues no publica ninguno de sus trabajos conformándose solamente con leerlos a los amigos, y quien ha puesto al servicio de la Editorial Continental todo el dinero necesario para hacer los primeros trabajos conducentes al éxito bueno de la empresa.

En la reunión primera que celebraron los socios de la compañía se indi-

có mi nombre como director de la casa editora, lo cual acepté con gusto, pues yo también creo necesaria la obra de vulgarización que se persigue.

Se propone la empresa dar a conocer tanto en Europa como en los Estados Unidos, a todos los poetas, a todos los cuentistas, ensayistas y novelistas de la América española. Comenzará su trabajo con aquellos escritores que no han tenido la oportunidad de darse a conocer fuera de la tierra, ya por haberles faltado mano protectora, ya por no disponer de los posibles necesarios para imprimir ellos mismos sus libros.

Los dos primeros tomos de los cuatro que imprimirá la casa editorial serán consagrados a esos escritores, y los dos últimos, a los ya consagrados por la fama.

Cada tomo constará de mil quinientas páginas en cuarto, lujosamente empastado. De cada uno se hará una edición de veinte y cinco mil ejemplares.

La obra constará de tantas partes como países hispano-americanos figuren en ella. Cada grupo de escritores irá precedido de un capítulo donde se hará reseña del país a que pertenezca el grupo. De sus adelantos científicos, industriales, comerciales, forma de vida, actividades culturales. Y cada literato será precedido de su retrato con notas biográficas.

No son los socios de la Editorial Continental hombres de negocios, sino jóvenes americanistas enamorados de la América, de sus tradiciones, de sus bellezas naturales, de su vida sencilla, de la prodigiosa imaginación poética de sus hijos. Todos los socios trabajarán en esta empresa sin remuneración alguna mientras la empresa no pueda pagarles sus trabajos.

Cada poeta hispano-americano puede mandarnos a una de las dos señas que se expresan al final de esta carta, hasta ocho o nueve poesías, sean ellas largas o cortas; los cuentistas, hasta seis cuentos; los ensayistas, tres o cuatro ensayos literarios, históricos o filosóficos; los dramaturgos, dos dramas; los novelistas, dos esbozos novelescos que no pasen de cien páginas cada uno. Estos trabajos deben venir acompañados de las notas biográficas y del retrato del autor, tamaño corriente, fotografía nueva, pues vieja no da buen clisé.

Como REPERTORIO AMERICANO es muy leído en todos los círculos literarios hispano-americanos, le suplico insertar en una de sus ediciones esta carta o hacer un extracto de ella a fin de que se enteren del buen proyecto expuesto los escritores de América.

No fracasará la Editorial Continental, sino en el caso de que no respon-

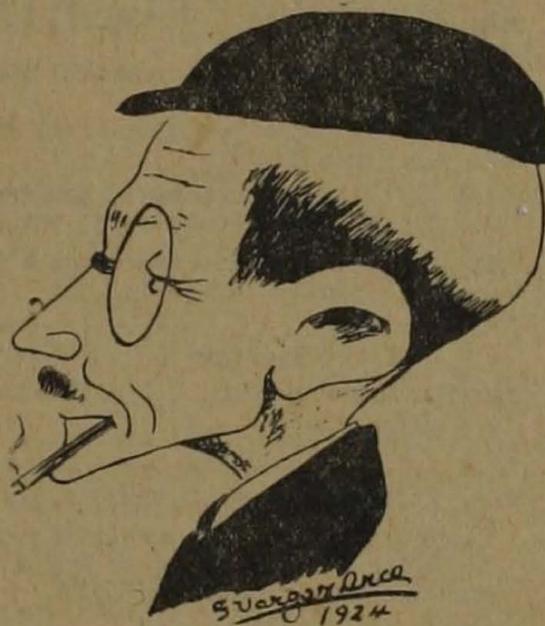
dan a su llamado los intelectuales hispano-americanos.

Soy de usted su amigo affmo.,

MANUEL CESTERO.

Manuel Cestero
201 West 120th Street.
New York City
U. S. A.

Manuel Cestero
c/o Mr. de Borran
700 Greenwich Street.
New York City
U. S. A.



Sr. TRULLÁS

(Visto por G. VARGAS ARCE).

Intervención

Está confirmada la noticia de que el señor Mussolini ha invitado al Gobierno laborista inglés a que envíe dos delegados a presenciar las elecciones italianas. Uno de los delegados lo será propiamente del Gobierno; el otro, de los Trades-Union, pues habiendo mostrado estas corporaciones deseo de mandar un comisionado a Italia, se sortearon los dos representantes ya elegidos por el Gobierno, y el que quedó excluido ha sido reemplazado por un tradeunionista.

Este hecho nuevo, mixto de política internacional y de política interior, es acaso el acto más original realizado por el Gobierno fascista. Es evidente que el señor Mussolini busca un autorizado testimonio extranjero de la legalidad de las próximas elecciones de Italia. La invitación se ha hecho, al parecer, para presenciar el funcionamiento del nuevo sistema electoral. No tiene éste suficiente originalidad para justificar un estudio técnico. La principal novedad que ofrece es la enorme prima mayoritaria que otorga a la lista triunfante. Se percibe con claridad, debajo de la fórmula protocolaria, la intención de que los delegados del Gobierno obrero y de las organizaciones obreras de Inglaterra testifiquen ante la opinión universal y especialmente ante la opinión de las organizaciones proletarias, que las

elecciones italianas han sido perfectamente normales.

¿Qué observaciones podrá hacer esta pareja de notarios internacionales? Es obvio que verificándose las elecciones simultáneamente en todo Italia, los delegados ingleses no podrán observar directamente más que las operaciones del escrutinio general y las del voto en algún colegio determinado. Con todo, la iniciativa del señor Mussolini es interesante y significativa en el jefe de un Gobierno esencialmente nacionalista.

Es un homenaje rendido a la opinión extranjera, a la opinión internacional. Los pueblos no viven aislados en el mundo. Así como el individuo más independiente no puede mirar con indiferencia la fama que le rodee en la comunidad de que forma parte, la opinión de sus convecinos o compatriotas, un Estado tampoco puede conducirse como si fuera único en el mundo. El principio de la no intervención es relativo. Hay siempre una intervención moral de unos pueblos en otros, una opinión pública universal, cuyos juicios no pueden ser desdeñados. Se aspira—y uno de los ensayos es la Sociedad de Naciones—a establecer un Estado internacional, un órgano jurídico del Derecho de gentes o del Derecho internacional. Inorgánica, desprovista de un sistema de sanciones, aunque no de ciertas sanciones elementales, la opinión pública internacional es como la nebulosa de ese Estado internacional, su esbozo psicológico.

En la carrera política triunfal del jefe del Gobierno italiano se observa la evolución del tribuno al dictador y del dictador al hombre de Estado. La última etapa es la más difícil. Más ardua que la marcha sobre Roma es la marcha hacia la normalidad constitucional. Mussolini la ha emprendido con igual denuedo, afrontando el disgusto de algunos fascistas demasiado selváticos y mostrando cómo en la patria de Maquiavelo la audacia puede engendrar la prudencia.

(El Sol, Madrid).

Con todo, las elecciones italianas tienen su enigma, que más que en números se traducirá en calidades. Van a dar la medida del espíritu de selección que anima al Gobierno fascista y del concurso que le presta la élite de la sociedad italiana. Mussolini, formado en el periodismo y en las asambleas, procedente del campo socialista, jefe de un partido que tiene masas populares, y de extracción popular él mismo, no es un dictador forzosamente reaccionario. El origen, la educación, la historia política, y el medio social en que se ha formado un sujeto imprimen carácter y modelan la psicología del personaje.

La capacidad política de Mussolini se revela en su moderación. No quiso echar a rodar la estructura constitucional del Estado italiano. Alguna influencia en

ello se atribuye al Rey, que había de mirar por la tradición de la Casa de Saboya; pero Mussolini supo vencer la embriaguez del triunfo e instalarse en el edificio del Estado, en vez de acampar sobre sus ruinas.

Las elecciones dirán si acierta igualmente en la obra de selección a que antes se alude, y que consiste en agrupar en su torno capacidades. Todos los Gobiernos, y más los de carácter excepcional, aunque puedan prometerse alguna duración, tienen que resolver dos problemas: el de la capacidad presente y el de la sucesión fácil, que asegure la continuidad del Estado. El político ha de pensar tanto como en lo presente en lo porvenir. Toda política sensata está orientada hacia lo por venir. Por pensar demasiado en lo presente, y muy poco en lo porvenir, por descuidar el problema imperioso de la sucesión, la larga dictadura de D. Porfirio Díaz, en México, dejó tras sí una temerosa herencia de guerras civiles y desastres. Nuestro voto amistoso es que Italia, tierra de políticos, que produjo al famoso secretario florentino, logre evitar ese peligro.

E. GÓMEZ DE BAQUERO
(El Sol, Madrid).

En el almuerzo ofrecido a Primo Rivera en el Palacio de Venecia, pronunció un discurso Benito Mussolini en respuesta al brindis de aquél, y, definiendo la índole política del *Fascio*, recomendó al mundo entero su programa en términos aproximados a los siguientes:

«Cuando en setiembre último tuvimos aquí noticia de vuestro movimiento español, pensamos que, a pesar de ser diferentes por el método, dada la diversidad política de los dos países, el objetivo podía ser considerado como idéntico: librar a las fuerzas vitales del pueblo de la nefasta influencia de doctrinas políticas ya caducas, y de hombres incapaces de asumir las duras responsabilidades del mando... Aunque el *Fascio* sea un fenómeno típicamente italiano, no hay duda de que algunos de sus postulados son de orden universal, en vista de que muchos países han sufrido y sufren las consecuencias de la degeneración de los sistemas democráticos y liberales. El amor a la disciplina, el culto de la belleza y de la fuerza, el valor de las responsabilidades, el desprecio de todos los lugares comunes, la sed de realidades y el amor al pueblo sin cortesías grotescas, son las bases fundamentales del concepto del *Fascio*, bases que pueden servir también para los demás países».

AGOSTINHO DE CAMPOS
(La Nación, Buenos Aires).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

